

Cartas al Director

Muy Sr. mío:

Lei el artículo: «Perfil humano del Redentor», publicado en el número extraordinario de Navidad de este periódico.

En el artículo, entre otras cosas, se habla del trabajo relacionándolo con la persona y doctrina de Cristo.

Este segundo aspecto, — que el autor se refiriera al trabajo en la perspectiva bíblica y cristiana, — me ha decidido a escribir estas líneas.

Resumiendo, dos cosas me parece que — en relación al trabajo — afirma el citado artículo: primero, que el trabajo nace a raíz del pecado original, como una consecuencia de éste; segunda, que Cristo con su vida y doctrina ha dignificado el trabajo.

Observaciones

He aquí mi parecer, en plan de diálogo, respecto a estas dos.

Una visión cristiana del trabajo — creo — no puede empezar nunca por el pecado original. El trabajo, para ésta, es una realidad humana ya de creación, no una actividad maldita consecuencia de aquel pecado. Es, si, un valor positivo mediante el cual el hombre se perfecciona y progresa a la vez. El hombre en el trabajo actúa como un ser libre, manifiesta su libertad en el mundo exterior, obra de manera creadora, no sin relación con el acto creador de Dios. Hoy se habla del trabajo como expresión de la propia personalidad trazada a imagen y semejanza de Dios, d e un Dios creador.

Además de esta visión, el cristianismo supone una influencia del pecado original en el trabajo. Todo el hombre ha sido tardado por la primera falta y por lo mismo el trabajo como realidad humana. En este sentido podemos apuntar como consecuencia de la falta original: la mala distribución del trabajo, la falta de un sentido comunitario en él, la arbitraria concepción de éste en orden a su remuneración, la alineación en aquél que nos corresponde, el esfuerzo que a todos nos exige la labor diaria. Pero ésta continúa siendo el acto de aquel primitivo mandamiento del Génesis «Dominad la tierra».

En segundo lugar, a mi — con el articulista — me parece también que Cristo ha dignificado el trabajo. El trabajo que es actividad humana costosa y difícil a la vez. No el trabajo que es pecado. No el régimen de esclavos. Este lo ha abolido. No el trabajo exclusivista: éste deja de ser cooperación a la obra de Dios. El bienaventurado los oprimidos — citado por el articulista — del Sermón de la Montaña no significa que Cristo canonicase la opresión. Dios al hacerse hombre — Cristo — ha trabajado para — por así decirlo — perfeccionar su naturaleza humana. Y entonces Cristo ha dignificado con un valor de expiación y salvación este nuestro trabajo que tiene un aspecto doloroso y de sudor de la frente.

Ahora, al acabar esta carta, se me ocurre que el autor de «Perfil humano del Redentor» al hablar del trabajo como consecuencia de la falta original se refería no al trabajo sino a las dificultades y penas que «se comporta. En este caso, y en este caso, y en este punto, diríamos lo mismo. Ha sido sólo cuestión de terminología. Y nunca está mal dialogar, para aclarar. Aunque no sé si lo he hecho.

Luis Portabella, Pbro.

GLOSARIO VILLANOVES

Joaquín Mir en el recuerdo

Alguien dotado del sentido del humor sostuvo en una ocasión la peregrina idea de que el pintor Joaquín Mir, la primera vez que vino a nuestra villa, bebió agua de la fuente de la Plaza de los Carros, como se dice, como harlo ejemplo, del forastero que llega a Villanueva y bebe en dicha fuente, se queda aquí para siempre. Otros arguyen que, en su segunda visita, el barbudo pintor enamoróse del tipismo de aquel barrio marineru ya desaparecido para siempre, con su playa dorada que daba al mar la orla de su túnica, y también quedó prendado de nuestra Rambla tan ciudadana, hoy más ciudadana que nunca. Como a la tercera va la vencida, el Mir impetuoso, imaginativo y artista por temperamento, quedóse definitivamente en Villanueva — la Villanueva del arte —, según queda reflejado en antañona crónica barcelonesa.

Quizá a las opiniones expuestas les falte una visión más completa de la humanidad completísima de Mir, ya que, en realidad, aquí contrajo vínculo matrimonial, que fué seguro norte y guía de la vida de este artista hasta su muerte.

Han pasado los años, y aquella Exposición-Homenaje que celebró a su memoria el «Fomento Villanovés» revive en nuestra memoria como algo que fué de suma trascendencia en los anales de la localidad. A ella va asociado el recuerdo de tan preclaro pintor que en Villanueva — como dijo José Pla en su tan discutido libro — llegó a ser un personaje importante.

Pero nosotros vemos a Mir de muy distinta manera que el aludido escritor. Trataremos de esbozar, al modo literario, su figura y su personalidad respetando el criterio de los críticos que han expuesto — creemos honradamente — lo mucho que puede escribirse de su vida.

Cuando le veíamos en la playa, Mir era para nosotros como aquel clásico Tritón que describe Blasco Ibáñez en una de sus novelas. Pero — aclaremos — un Tritón de la pintura que, ante el caballete, exponía su mayestática y serena personalidad con la camisa y las manos llenas de pastel, embebido por los colores que transparentaban en las telas unos temas magníficamente expuestos. Las escenas de playa eran para él fértiles en recursos pictóricos.

Luego, sus cuadros del campo — por no ser menos, todavía mejorando a los otros — muestran una belleza epicúrea, satisfecha. No hay las sombrías perspectivas de Solana en forma y contenido, porque, con visión certera, Mir conjugaba el amarillo del sol con el ocre de la tierra, y aún los tonos cenicientos, sin confusiones luminicas. Sus claros celajes y sus horizontes definidos catalogan al autor de «La catedral dels pobres» como el pintor impresionista por excelencia.

Era, pues, el hombre de la confianza en la pincelada, de la seguridad del colorido, que tenía total aperechamiento de que la simplicidad bobalicona estaba alejada de su producción con plena conciencia.

Por su vitalidad tanto física como pictórica, podemos deducir que Mir era «un



hombre de acción», en la aceptación artística de la palabra, si es que pueda tenerla. No es que tuviera una concepción heroica de la vida, como los artistas del clasicismo helénico, pero sí poseía una perseverancia grandísima en su constante labor, una dosis de entusiasmo ilimitada y una convencida capacidad de producción. Su criterio objetivo de la pintura no era mudable, pero — según él — podía estar sujeto a cambios en los que desempeñara importante papel toda escuela tendente a la superación.

Y todo ello — criterio y actitudes normales o heroicas — presentábase como un «artista de acción». ¿No lo fué el escritor-filósofo H. G. Wells, el mismo Rodin, el poeta Werhaeren y no lo es también hoy día Bertrand Russell? ¿No son estos citados artistas de la materia y del pensamiento — artísticamente e intelectualmente hablando — como lo fué Joaquín Mir?

El «manual de dedicación» de Wells es el mismo «manual de superación» de Mir. Los dos dedicaban los mayores esfuerzos a su trabajo, no escatimando horas, ni días, ni semanas para conseguir lo que se proponían. Esto, claro está, requiere un entendimiento y una voluntad que no todos poseen. Para corroborar tal aserto, sólo nos resta mencionar aquella Exposición titulada «Montserrat, vista por los artistas catalanes», en la que Mir tenía a su cargo una sala, fuera de concurso, que por su extraordinario interés mereció los más cálidos elogios.

Miguel del Puerto, de la revista «Destino», escribió hace años un artículo sobre la vida de Mir en Villanueva. Nosotros, al terminar estas líneas, no podemos dejar de evocar aquella tertulia habitual en el domicilio del pintor, entresacando un párrafo del aludido artículo. Dice Miguel del Puerto: «Citaré a los habituales: Enrique C. Ricart, Francisco Montserrat, Manuel Amat, sus discípulos Roig, Masana, Angrill... Y el doctor Joaquin Mirat, quien controlaba la tos del maestro con un ojo en el cliente y otro en la tela recién terminada.»

S. B.

La Hispano J. O.
TAXIS (Bartrets)

Unión, 15

Teléfono 46

Fotografías Murales para decoración

FOTOMAS